REPARACION

REVISTA MENSUAL EUCARÍSTICA ILUSTRADA



S U M A R I O

PRECIO DE SUSCRIPCION: UNA LIMOSNA POR AMOR A JESUS SACRAMENTADO

TARIFA DE PRECIOS

Por cada inserción:

Página entera	100 ptas.
Media página	55 "
Un cuarto	30 "
Un octavo	18 "
Un dieciseisavo	10 "

A los que se anuncien seis meses consecutivos, se les hará el 15 por 100 de descuento, y el 25, a los que se anuncien doce.

En espera de sus gratas órdenes, tiene el gusto de saludarle y queda de usted afmo. s. s. en Cristo,

REPARACIÓN

AÑO XXIV - SEPTIEMBRE DE 1940 • SEMINARIO CONCILIAR - BARCELONA

REPAREMOS

Acabo, por decirlo así, de conocer bien la Revista que lleva el título atrayente para todo corazón cristiano, de REPARACION.

Deseosa de aportar un pequeño grano, mi piedrecilla, al edificio que se quiere reanudar, después de la tormenta que tan espantosa y misericordiosamente a la vez ha sacudido a nuestra patria, envío estas cuartillas, que con el favor de Dios no serán las últimas, constituyendo para mi pluma, veterana ya en la prensa de Cristo, una alegría grande el poder ayudar a quien enarbola como enseña gloriosa la bandera del amor a la Eucaristía, de la reparación a Aquel que, según frase de uno de sus "mejores amigos", el llorado Prelado de Palencia, Fundador de la Obra de las Marías, había sido el más perseguido, el más ofendido, el más odiado en la explosión infernal a que hemos asistido, y que tales huellas y tal reguero de sangre ha dejado en nuestro suelo, en nuestros hogares, en nuestro corazón.

Cuando pensamos un poco en lo que ha sido la España roja, los sacrilegios sin fin que se han cometido, el horror de las profanaciones con las imágenes de nuestra Dulcísima Madre, de los Santos y, sobre todo, con el Pan de Vida Eterna, con la Hostia Santa, Pura, Inmaculada que en el Sagrario se guardaba; y echamos una ojeada a lo que se ha hecho en materia de reparación en nuestra nación, colectiva e individualmente, se nos encoge el corazón, porque frente a la magnitud de la ofensa, la reparación ha sido poca, muy poca, pequeña, muy pequeña...

La vida debiera haber tomado en todas partes un aspecto de penitencia, oración, austeridad, que desgraciadamente no ha tomado. Por el contrario, parece que hemos salido del túnel horrendo de sangre, desolación y negruras de luto, ansiosos, an-



helantes de reparar... el tiempo perdido en que hubo de llorarse en vez de reír, de sufrir en vez de gozar, de vivir vida de terror en vez de vida de alegrías, y nos hemos lanzado a una existencia en la que las pasiones dominan, el lujo se ha enseñoreado y se quiere como olvidar aquello que pasó... con las diversiones, con las algazaras, con libertades en la moral que llegan al desenfreno, como si el espectro de lo sufrido se hubiera por completo borrado de nuestras mentes y de nuestras almas, y como si los vacíos dolorosos de nuestros hogares no fueran un hecho real de un recuerdo siempre vivo, siempre candente...

Y como nos hemos olvidado de lo "humano"... nos hemos olvidado de lo "divino"... La reparación por tanta ofensa, por tanto sacrilegio, por tanta profanación.... tampoco se ha visto sino en algunos casos aislados. ¡No hemos sentido lo que con Jesús se ha hecho!... ¡No nos ha dolido lo que con Jesús se ha llevado a cabo!... La escena del Huerto se ha vuelto a reproducir. Los "buenos" nos dormimos con demasiada frecuencia, sin recordar la agonía del Maestro Divino... aquella agonía en la que sufrió y padeció todo lo que a través de los siglos los hombres le haríamos sufrir y padecer... ¡Allá en Getsemaní, vió EL la inmensa profanación que había de cometer España, al menos una parte de esta España tan amada por El... ¡Si hubiera visto siquiera una reparación que si no igualara se acercase algo a lo que merecía semejante profanación!

¡Oh, sí, lectores de esta Revista, que sería entonces un consuelo para Jesús!... Reparemos... Cada uno como nos sea posible. Con amor siempre, y el amor lo suple todo, lo llena todo... ¡Se le ha odiado tanto, tanto, al Maestro Divino, al Corazón Sacratísimo del Rey de amor! Reemplacemos, reparemos ese odio con amor que no se canse, que no se interrumpa...

Y si ayer se le "odió" de una manera más brutal, más violenta, hoy... se le profana de un modo que, por ser más suave en apariencia, no le es menos sensible por el contrario... Me refiero al desenfreno



de costumbres, de modas, de todo ese fango que suele quedar siempre de las guerras y que está ahogando ansias de regeneración, de grandeza para la patria amada, regada con sangre de una juventud heroica que soñó y quiso para España un ambiente limpio, puro, radiante, que ella con su sacrificio le compró... y nosotras, las mujeres, estamos manchando con una frivolidad y una inconsciencia deplorables y tristísimas.

¡Cuánta necesidad de reparación!...

Sepamos nosotros llevar ese consuelo al Sagrario...

Sepamos ser un descanso para Jesús...

Que no nos cueste nada al pensar que le damos una reparación que es de justicia y es sobre todo manifestación del amor que en nuestros corazones españoles tiene derecho a encontrar el Divino Prisionero del Tabernáculo, que ha salvado a nuestra patria con tan misericordiosa predilección.

MARIA DE ECHARRI

El Septenario de Misas de San Nicolás de Tolentino, en sufragio de los difuntos

Esta devoción tan conocida y practicada por los católicos del extranjero como relativamente poco extendida entre nosotros, trae su origen de San Nicolás de Tolentino († 1305). El P. Pedro de Monterubbiano, Prior general de la Orden de San Agustín y coetáneo de aquel gran taumaturgo, lo explica en los siguientes términos:

Nicolás ordenado de presbítero, fué enviado de familia por su Prior Provincial al eremitorio de Valmanente, no muy distante de Pésaro. Allí, animado y movido de fervoroso espíritu de devoción, con prontitud y celo, celebraba muy de mañana la santa Misa. Ocurrió una vez que, por turno, le correspondió celebrar la Misa conventual durante una semana, y en la noche anterior al día en que había de comenzar a cumplir tal obligación, cuando hacía poco rato que se había quedado plácidamente dormido sobre miserable jergón, fué sorprendido por fuertes y lastimeros gritos que le llamaban y le decían: «Varón de Dios, Fray Nicolás, mírame».

Mira Nicolás para distinguir si se trata de algún conocido suyo. Le mira una y otra vez y no le reconoce. Entonces, profundamente conmovido, se reviste de valor y pregunta:

—En nombre de Dios, dime: ¿quién eres tú?

A estas palabras contestó el aparecido:

—Soy el alma de Fray Pelegrín de Osimo, que durante mi vida fuí tu servidor. Ardo ahora en este fuego, porque el bondadoso Dios, en atención a mi arrepentimiento, no me ha condenado a la pena eterna que, por mi miseria, habría justamente merecido, antes misericordiosamente me ha condenado a este Purgatorio.

Te ruego, por esto, humildemente que te dignes celebrar la santa Misa en sufragio de difuntos a fin de que pueda ser libertado de estas palabras.

A tales palabras contestó San Nicolás:

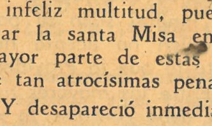
—Hermano mío, puedas tú en esta ocasión ser socorrido por mi Salvador que te redimió con su sangre, pues yo no puedo celebrar la Misa de difuntos porque he de cantar la conventual y no puede ser substituída.

Entonces el difunto añadió:

—Padre mío reverendo, ven, ven conmigo y comprenderás si conviene que sin dilación queden satisfechas las súplicas de un número extraordinario de almas que a ti me han enviado.

Inmediatamente el alma de Fray Pelegrín condujo a Nicolás hacia aquella parte del eremitorio desde el cual se descubre el panorama de Pésaro. Y entonces le hizo ver la baja llanura repleta de innumerables almas pertenecientes a ambos sexos, a toda edad y condición y a varias Ordenes religiosas. Ante tan desolador espectáculo, tomó de nuevo la palabra Fray Pelegrín y defendió la causa de aquellas almas en estos términos:

—¡Ea, Padre! Ten piedad de tan grande e infeliz multitud, pues si te dignas celebrar la santa Misa en sufragio de ella la mayor parte de estas almas se verá libre de tan atrocísimas penas.



Y desapareció inmediatamente la visión.

Despertó el Santo, y todo compasión por



aquellas almas, dirigió ardientes súplicas al Divino Salvador, Rey de la eterna gloria, para que enviase a su arcángel San Miguel a sacarlas de aquella horrible prisión y conducirlas a la eterna bienaventuranza.

Muy de mañana fué al encuentro del P. Prior y le explicó la visión que había tenido en tales términos que aquel comprendiese toda la importancia de la misma, y luego le rogó humildemente que, dispensándole de la Misa conventual, le permitiese durante aquella semana aplicar la Santa Misa en sufragio de las benditas almas.

Accedió a tales súplicas el buen Prior poniendo en el lugar del Santo a otro religioso, y San Nicolás, asegurado con tal autorización, no solamente aplicó siete Misas en otros tantos días consecutivos a aquellas almas que le habían sido mostradas, sino que también imploró el alivio y la liberación de las mismas con ayunos, oraciones incesantes, gemidos y lágrimas.

Terminada aquella semana de Misas y sufragios, el alma de Fr. Pelegrín se apareció de nuevo a San Nicolás y le dió las gracias por el favor dispensado, haciéndole saber que tanto el mismo Fr. Pelegrín como la mayor parte de las almas que el Santo había visto, gracias a la divina Misericordia movida por los sufragios de aquél, habían sido libertadas del Purgatorio y volado al Cielo.

Es de aquí—escribe el insigne crítico P. Nicolás Concetti—de donde traen origen los septenarios de Misas, oraciones, ayunos y abstinencias en sufragio de las benditas almas del Purgatorio ofrecidos al Señor invocando la benévola protección del Santo (*S. Nicolà da Tolentino*, c. XI, Tolentino, 1932).

Y en el cap. XXXVI de la misma obra escribe todavía dicho autor:

«El culto a San Nicolás, eficaz intercesor cerca de Dios para obtener el alivio y la liberación de las benditas almas del Purgatorio es conocido por toda la cristiandad. Como durante su vida, también después de su tránsito ha sido siempre admirado, honrado y exaltado como uno de los mayores santos que ofrecen sus méritos e intercesión a favor de las almas del Purgatorio.

Consignemos por último que la devoción del septenario de Misas de San Nicolás ha sido aprobada por varios Sumos Pontífices.

PEDRO M. BORDOY-TORRENTS
Presbítero

LO QUE IMPORTA

¡Papel desdichado representan los que calumnian a su siglo, contribuyendo con sus acciones a que pueda ser acusado sin calumnia! El siglo es como la patria; debemos amarle, porque hemos nacido en él. Dios sabe cuándo y dónde señala nuestra tarea; a nosotros sólo nos incumbe aceptarla y hacerla con la perfección posible. Que donde y cuando quiera que vivamos, nuestra frente pueda elevarse inmaculada, y nuestras manos estar puras, es lo que importa; y en cuanto a la mayor conveniencia de haber nacido en otro país o en otra época, no somos de ella jueces. No es probable que en ningún siglo ni país hiciera gran labor quien no acepta humilde y valerosamente la que la Providencia le ha señalado. Entre las mayores miserias de una época debe contarse la de renegar de ella, en vez de volver los ojos al cielo y decir: "Señor, amo el tiempo y el lugar en que has señalado mi paso por la tierra; mi corazón me dice que no puedo dejar de amarte sin ofenderte; mi vida, aquí y ahora, es presente tuyo, y como tal, bueno y bendito. Si la vía es dificultosa, tú me ayudas a allanarla; si vacilo, tú me darás apoyo; si caigo, para levantarme no me ha de faltar tu auxilio, ni en la tribulación me has de negar consuelo. Tú, que existes en la eternidad y en el infinito, tú sólo sabes cuándo y dónde debía yo venir a sufrir mi prueba, perfeccionar mi espíritu, y conocer y cumplir tu ley santa. Gracias, Señor, porque me has dado amor para todas las épocas y para todos los hombres, y muy particularmente para éstos con quienes vivo, que no me puedes tú haber puesto más cerca de ellos para que más los ame." (C. Arenal: "Cartas a un señor".)

APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

INTENCION GENERAL: QUE HAYA MAS MADRES DE FAMILIA SANTAS

Esta es la afirmación común de los católicos, sacerdotes y seglares doctos y autorizados: "Hoy son tan pocos los verdaderos cristianos, porque son tan pocas las madres santas."

Efectivamente, hay demasiada vanidad, demasiado lujo y un derroche excesivo de coquetería en la mujer de hoy.

Son demasiado pocas las jóvenes verdaderamente buenas, sin vanidad, ni veleidad, ni esclavitud de la moda, o del salón, o del deporte.

Son muy pocas las jóvenes reflexivas, firmes, abnegadas y conscientes de su futura misión en el hogar, que conozcan y mediten a tiempo esta otra importantísima verdad: "La educación de los hijos empieza ya antes de su concepción, esto es, cuando la madre futura es todavía joven virgen."

No tendrá la sociedad cristiana las madres santas que necesita, si no consigue prepararlas para tan alta como sagrada misión, procurando que las jóvenes sean dignas, castas, abnegadas, sólidamente piadosas y que oportunamente reciban instrucción suficiente sobre la santidad del estado matrimonial y los deberes delicadísimos que habrá de cumplir una madre digna de tal nombre.

Porque, aunque es verdad que al padre corresponde el título, el honor y la responsabilidad de jefe de la familia, y como tal, jamás podrá legítimamente desentenderse de la ardua tarea de la educación cristiana de los hijos, también lo es que la principal moldeadora de la familia es la madre; ella es la que impone al hogar el sello de cristiano o de mundano; ella la que más eficazmente influye en que los hijos salgan buenos o malos.

Los buenos consejos y ejemplos de las Blancas de Castilla dan al mundo hijos como San Luis, Rey de Francia.

Las oraciones y lágrimas de las Mónicas terminan por arrancar a la herejía y al vicio grandes convertidos y maestros del mundo, como San Agustín.

Ni son raros en la historia los ejemplos de las "mujeres fuertes" que terminan por ganar de nuevo para Dios y para su hogar al esposo antes perdido o desviado.

¡Oh el poder de las madres santas!

Díganlo los misioneros, los sacerdotes, los seglares apóstoles del bien, los grandes hombres y las grandes mujeres, si es que su grandeza es verdadera.

Si han tenido una vocación distinguida, si no fueron arrollados por el torbellino del mundo durante los años de la irreflexión y si, al fin, han conseguido llenar una misión digna en la vida, ¿a quién lo deben? A la inmensa mayoría les oiréis decir: "Después de Dios, a mi madre."

Y si en nuestra Patria hemos podido arrancarnos el dogal que nos habían echado al cuello la masonería y el marxismo, para ahogarnos en el mar hediondo del ateísmo y la corrupción total, tenemos que reconocer que, después de Dios y de nuestro providencial Caudillo, lo debemos a las muchas madres cristianas, generosas y abnegadas, que todavía, y más acaso que en ninguna otra nación del mundo quedan en el bendito suelo de España.

Pero también nuestra Patria tiene que oponer un dique fuerte a las jóvenes sin vocación, sin espíritu de sacrificio y sobre todo sin instrucción suficiente, que violan los umbrales sagrados del matrimonio cristiano para ser cualquier cosa menos esposas dignas con sus maridos, firmes y sacrificadas con sus hijos, amas de su casa, espejo de virtudes cristianas, "mujeres fuertes", como las llama la Sagrada Escritura, o madres santas, como las quiere la Iglesia y las necesita apremiantemente este pobre mundo moderno que camina a la deriva.

Pidamos, durante el presente mes, al Corazón Eucarístico de Jesús, que haga muchas madres santas, en España y en el mundo.

INTENCION MISIONAL: LA PROSPERIDAD DE LAS OBRAS SOCIALES EN LOS PAISES DE INFIELES

El misionero católico es no solamente un apóstol, sino también un civilizador.

Tiene por misión principal, es cierto, predicar el Evangelio, pero también tiene

que hacer el bien, bajo todas las formas posibles, a sus neófitos, que viven sumidos en el más triste estado de abandono y degradación moral y material.

El misionero no es sólo sacerdote; es también maestro, arquitecto, agricultor, médico; de todo esto tiene que hacer mucho el nuevo apóstol hasta tener completamente organizada la vida religiosa y aun civil en las nuevas cristiandades.

A su paso tienen que ir surgiendo por doquier templos, escuelas, hospitales, granjas, patronatos, obras de mutua asistencia, de ahorro y hasta de pública seguridad.

¡Qué campo tan vasto de acción el del misionero católico!

No le regateemos en este mes el auxilio de nuestras visitas a Jesús Sacramentado, para que tenga fuerzas y medios para llevar adelante su gran misión civilizadora.

J. S.

Modelo de Reparadores

"No quiero que tenga pena Jesús; quisiera secar las lágrimas que le hacen derramar los pecadores, convirtiéndolos a todos."

Son palabras éstas de un alma gigante, de Santa Teresita del Niño Jesús. Ellas nos revelan su espíritu verdaderamente reparador.

Dos sentimientos expresan: la compasión hacia Jesús paciente y el deseo de conversión de cuantos le ofenden.

La compasión a Jesús, como sentimiento que anida en su corazón valiente, que el Pontífice Pío XI no dudó en llamar varonil, la expresa categóricamente: "No quiero que tenga pena Jesús."

Este sentimiento, así expresado, manifiesta un amor profundo, insaciable, lleno de amargura al ver ofendido a su Señor.

¡Cuántas ternuras y delicadezas de amor se encuentran detrás de ese "¡no quiero!" No quiere que tenga pena Jesús, y en su vida evita las ocasiones más pequeñas de desagradarle, vence las contrariedades en el camino de la virtud, diviniza sus actos con la caridad.

No quiere que tenga pena Jesús, y multiplica las acciones sencillas para agradarle, echando flores constantemente a su paso.

¡Cómo ganaríamos nosotros en espíritu de reparación si dijésemos de lo íntimo de nuestra alma, categóricamente, como la Virgen de Lisieux: "No quiero que tenga pena Jesús."

Algunas cosas tendríamos que reformar; otras, mejorar; muchas, divinizar.

Consecuencia natural de este sentimiento de pena por las ofensas de Jesús, es el deseo de la conversión de los pecadores que le ofenden.

Con lo cual aparece un nuevo horizonte vastísimo, de ubérrimos frutos, pues anhela cegar para siempre el torrente de las aguas turbias de los pecados.

Pero el alma de Teresita ya no puede hablar aquí categóricamente; es un hecho que no depende solamente de su voluntad. Se contenta con un "quisiera".

También llegaría a ser fructuoso este "quisiera" en nosotros, y nos espolearía a trabajar en bien de los pecadores si quisiéramos de veras.

Verdad es que no sólo de nuestra actividad depende la conversión de los pecadores; pero también es verdad que podemos hacer mucho más de lo que hacemos, para este fin.

Hasta llegar al celo ardiente de la Santa que le ha valido el título de Patrona de las Misiones, ¡cuánto nos falta!

Notemos que su celo ni se manifestó en obras externas deslumbradoras, ni quedaba encerrado en las paredes de su corazón; salía al exterior pujante y brioso, conquistador y sacrificado, en la multitud de actos pequeños, que siembra por doquier, durante su vida.

Copiemos, pues, este modelo.

Delante del Sagrario, donde está verdadero nuestro buen Jesús, sintamos la pena que a las almas buenas producen las continuas ofensas, y ardamos en deseos de convertir a todos los pecadores del mundo, que son la causa de estas penas de nuestro Señor y Dios.

R. T.

La Exaltación de la Santa Cruz



"Por la cruz a la luz", he aquí un adagio viejo desde que en los brazos del Santo Madero se puso el Sol de Justicia la tarde del Viernes para resucitar esplendoroso la mañanita de Pascua. Desde entonces la cruz dejó de ser "el más atroz de los tormentos" para convertirse en el mejor galardón de las más arduas proezas. Desde entonces se eleva sobre los edificios, remata la corona de los príncipes y se ve trazar frecuente y cariñosamente sobre el pecho de todos los cristianos.

Los Viernes de Dolores y los Domingos de Resurrección se han repetido en la Historia. Calvario fué la era de los mártires, que empezó el 303 de la Era cristiana; resurrección gloriosa para la Iglesia los tiempos de Constantino. Un mediodía, sobre el sol y más luminoso que él, fulgura radiante una cruz en la que se leía: "Con esta señal vencerás." La vieron todos los soldados. Por la noche se aparece Nuestro Señor Jesucristo a Constantino y le manda bordar en su lábaro aquella cruz nimbada. Efectivamente; a su paso van cayendo los enemigos como ídolos derribados, y el joven emperador ciñe rematadas en cruz las coronas caídas. Estamos en la era de la cruz, que dió en 313 la paz a la Iglesia martirizada. Santa Helena, madre de Constantino, peregrina a los santos lugares y encuentra tres cruces en el Calvario. La vera cruz fué reconocida por la curación milagrosa de un enfermo efectuada a su contacto. Se dividió en tres trozos: uno fué enviado a Roma, otro a Constantinopla y el tercero se reservó para el templo de la Santa Cruz en Jerusalén, edificado en el Calvario. Indescriptibles eran las fiestas que se celebraban en la ciudad santa el primer día de septiembre, fecha del precioso hallazgo. Riadas de peregrinos desembocaban por las vías romanas en la histórica Sión. El día 14, el patriarca de la ciudad subía al monte Calvario y sacando el trozo sagrado de su precioso cofre, tembloroso, lo mostraba solemnemente a las multitudes ansiosas, emocionadas. De esta apoteosis, de este levantar en el aire el

santo leño viene el nombre de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, monumento viviente a la frase de Jesús: "Cuando yo sea levantado de la tierra — en la cruz —, todo lo arrastraré hacia Mí."

Mas al llegar el siglo VII, Corsroes, rey de los persas, tomó a Jerusalén y robó el Santo Madero. A los catorce años, tras largas oraciones, ayunos prolongados y empeñada lucha, lo recupera Heraclio. Delirante entusiasmo en todo el mundo cristiano. Cuando el piadoso emperador se disponía a subir la cruz a cuestas, con grande pompa, por la misma vía recorrida entre ignominia por Jesús seiscientos años antes, ocurre aquel prodigio: una fuerza misteriosa traba sus pies, impidiéndole tanto más su camino cuanto mayores eran sus esfuerzos por recorrerlo. Sacó a todos de aquel estupor Zacarías, el Patriarca, con estas palabras: "Mira, emperador, que con tus victoriosos atavíos de oro y perlas imitas muy poco la humildad y la pobreza de Jesús, que cargó con esa misma cruz que tú llevar pretendes." Así era. Se despoja el príncipe de sus rozagantes vestiduras, se descalza, carga el santo trofeo cubierto con pobre manto y sube sin tropiezo la vía dolorosa. Desde aquella fecha la fiesta de la Exaltación conmemora también aquel feliz retorno y aquel segundo Víacrucis.

Esta es la historia que, como doctora de la vida, nos recalca el "por la cruz a la luz". "En la cruz está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección", proclama enardecido San Pablo. Padecían mortales picaduras los israelitas en el desierto, y el Señor les dió el remedio en una mirada a la serpiente de bronce, figura de la cruz. Horrible es también ahora la guerra que produce en Europa ríos de sangre y ríos de lágrimas. Sólo hay que mirar a esta cruz bendita para que de ella fluya la paz y prosperidad verdadera de las naciones. La cruz es símbolo de paz, porque Cristo murió en ella para reconciliar la tierra con el cielo; es garantía de triunfo para la Iglesia, porque el Rey de Reyes le dió virtud contra todos sus enemigos. "Está firme la cruz mientras el mundo se bambolea", y la Iglesia, que nació de la cruz, que se asienta a su vera y que la tiene por estandarte, oyó de Jesús que nadie prevalecería contra ella. De nada nos debemos gloriar tanto como de la cruz de Jesús, y de nuestra cruz que es una astillita de ella y un beso del Crucificado. Y al ver a nuestra España crucificada, no ha mucho, en tres años de Calvario, ¿no esperaremos fundadamente en su completa resurrección? Sí, confiemos en Jesús: que ya se está tornando esa cruz en resplandores de luz de imperio espiritual y paz duradera.

La cruz de Jesús se trocó en luz en la tierra y en el cielo. También nuestra cruz, exaltada con la resurrección, se trocará en luz de cielo.

GABRIEL DE MARIA

NADA COMO EL AMOR (Cap. V. L. III)

No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más alta, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios y se eleva sobre todo lo criado, y sólo puede descansar en el mismo Dios.

El amor no siente carga, ni hace caso de los trabajos, antes desea más de lo que puede; no se queja de que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede; pues para todo es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae.

* * *

El amor siempre vela, y durmiendo no se adormece; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta; sino como viva llama y ardiente luz, sube a lo alto y se remonta seguramente.

El que sepa lo que es amor entiende este lenguaje. Grande clamor es en los oídos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: Dios mío, amor mío, tú todo mío, y yo todo tuyo.

T. DE K.

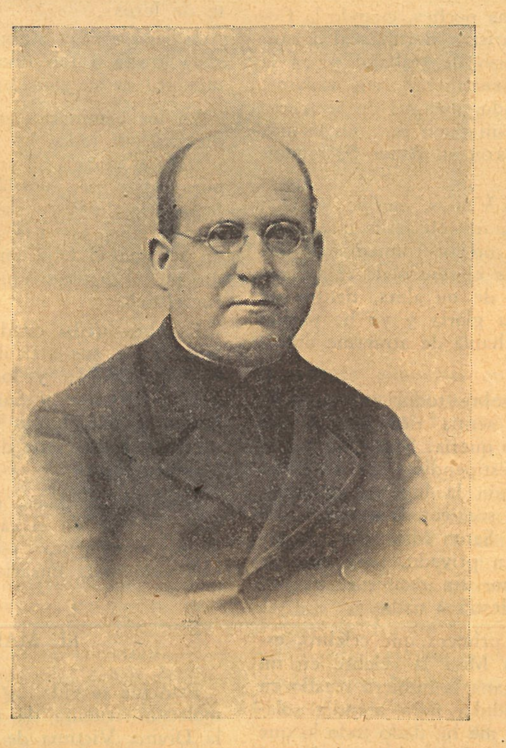
NUESTROS MÁRTIRES

REVERENDÍSIMO SR. D. PEDRO RUIZ DE LOS PAÑOS ANGEL

Fué colaborador de «La Reparación» desde sus primeros números, firmándose con los seudónimos de «Custodio», «Jesús Custodio» y «Angel Toledo».

Murió desempeñando el cargo de tercer sucesor del Siervo de Dios D. Manuel Domingo Sol, en la Dirección General de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos.

Estos títulos le hacen acreedor a ocupar el puesto de honor entre la serie gloriosa de los «Mártires de Reparación».



VIDA EUCARISTICA

Toda su vida espiritual giraba intensamente alrededor de Jesucristo; pero donde culminaba la demostración de su amor, era en la Santísima Eucaristía, donde se compendian y renuevan todos los misterios del verbo Humanado.

Afirmaba que desde niño había tratado con sumo respeto dos cosas en sí mismo: sus manos y su lengua, por el contacto que una y otra habían de tener con Jesús Eucaristía.

Recibió *la primera Comunión* en mayo de 1890, a los nueve años de edad. De este primer encuentro con Jesús dejó escrito en su edificante libro «Páginas de un seminarista»: «Cuando comulgué, te hiciste sensiblemente presente a mi alma con un afecto dulce y tranquilo que me hizo gozar todo el día, sin que por entonces pudiera apreciar tu favor».

Y más adelante, en el capítulo XII del mismo libro, hablando de sus *Comuniones de seminarista,* escribe: «La Comunión es el sostén de mi vida espiritual. No anhelo cosa alguna tanto como la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre».

No es extraño que, al crecer, de día en día, estos ardorosos anhelos de comulgar, Jesús llegara a corresponderle, en ocasiones, con finezas extraordinarias.

He aquí la que recogemos de una de sus cartas espirituales: «Te voy a contar una cosa... El 8 por la noche salí de Barcelona. En Francia deseaba comulgar. No podía ser. El coche no paraba hasta las once de la mañana, ya en Italia. ¡Paciencia! Pero se lo dije a Jesús. No sabemos lo que es Jesús... Paró el tren en medio del campo... tiempo y tiempo sin marchar... Llegamos a Marsella con dos horas de retraso. Perdimos la combinación. Por lo tanto, nos detuvimos *una hora entera.* Pues vi el cielo abierto. Sin conocer nada nos echamos fuera. Entramos en una Iglesia. *Iban a dar la Comunión.* La recibimos. A los pocos minutos nos fuímos. No se podía esperar. Al salir digo a Jesús: «Ahora necesito un auto». Levanto la vista y... *el auto se para allí.* La Iglesia era de la Virgen. Allí estaba su estatua. Nos fuímos tan contentos. Pero, luego me di cuenta de lo principal. A aquella misma hora, treinta años atrás (9 de abril) recibía el Presbitera-

do. ¿Qué te parece?... No lo olvidaré nunca. Tú sola lo sabes. Da gracias a Jesús y alégrate».

El hecho ocurrió el 9 de abril de 1915, viajando en dirección a Roma.

De sus Visitas, sólo diremos que muchas veces, cuando se acercaba al Sagrario, perdía la noción del tiempo y él mismo aseguraba que se le pasaba sin sentir llamando a Jesús *¡Inocentísimo!*, por ser su divina inocencia la que más le cautivaba entre todas sus dulces perfecciones.

Sobre todo, por las noches, cuando la Comunidad de seminaristas dormía, al levantarse de su escritorio de trabajo, ya a la media noche, frecuentemente, sin zapatos, para evitar todo ruido, gustaba de acercarse al Sagrario a pasar un buen rato, en la más estrecha intimidad, con su Amor Sacramentado.

Refiriéndose a sus Visitas, escribe: «¿Qué puedo gozar o ejecutar, ¡oh Jesús mío!, que no vaya sazonado con tu compañía y con tu amor?... Tú eres el centro de esta casa, tú lo eres también de mi alma, dentro de ese Sagrario está la gloria y yo he nacido para ser feliz. ¿No había de atraerme dulcemente?...»

La Santa Misa, sobre todo, era su gran tesoro; con ella se sentía rico y poderoso para adquirir cuanto quería. Sentía mucho el tener que recibir estipendio, por entender que no tiene relación la limosna material, por grande que ella sea, con la grandeza del don espiritual de la Santa Misa. Prefería celebrarla rezada y en privado, para poderse detener con su Amor sin recibir turbación, ni proporcionar molestia a nadie.

Refiriéndose a la primera que celebró, escribe: «La primera Misa la celebré en mi pueblo. De buena gana la hubiera rezado en una Capillita escondida, para atender solamente a Aquél que me ha dado todo lo que soy y al que de derecho y de mi voluntad pertenece todo mi corazón.»

Pero regalarse con Jesús en la Santa Misa, visitarle y acompañarle cuanto podía en el Sagrario, gozar, cuando le era posible, de la vecindad de Jesús, desde su habitación; llevar a El las almas de los seminaristas y formarle legión de fervorosos sacerdotes, todo esto le parecía poco y aspiró a más su amor insatisfecho: llegó a pensar en proporcionarse una custodia pequeñita y recabar de Roma cuantas facultades fueran necesarias, para llevar siempre consigo una sagrada partícula.

Cuando al tratar del modo de realizar legítimamente su intento, se encontró en el Código de Derecho Canónico una prohibición tan terminante, que cerraba de lleno la puerta a la realización de sus planes, concretó su anhelo en acudir y alcanzar del mismo Jesús, lo que no había de concederle su Vicario: La gracia de conservar incorruptas las especies sacramentales de una comunión a otra, para así poder ver realizado su ardiente anhelo de ser una «custodia viviente de Jesús».

Si llegó o no a otorgar Jesús esta señaladísima gracia a tan fino amante y celosísimo ministro de su gloria, lo ignoramos.

En los Seminarios en donde fué Superior, procuró por todos los medios que la Capilla y todo el ajuar litúrgico fuera lo más digno, hermoso y rico posible. En la Capilla del Seminario de Plasencia, el local, el Sagrario, la Custodia, los vasos sagrados, todo, son un testimonio fehaciente del celo de D. Pedro por la dignificación y explendor del culto eucarístico.

La obra arriba citada, «Páginas de un seminarista», sus artículos y poesías en LA REPARACION; y los libritos «Jesús está ahí» y «Visitas al Santísimo», denuncian a través de sus doctas y encendidas páginas, un alma y una vida de extraordinarios vuelos eucarísticos.

Con verdad, pues, pudo resumir toda su vida, cuando en el capítulo 38 de «Páginas de un seminarista» escribió estas palabras: «Mi vida es la Eucaristía».

EL MARTIRIO

Esto fué su vida... ¿Y la muerte?... La inmolación cruenta de un digno ministro de la Divina Víctima de nuestros Altares.

Mucho había sufrido a lo largo de su laboriosa vida: varias y penosas enfermedades; aflicciones de familia; múltiples y agudas pruebas interiores; sobre todo, las fatigas y aflicciones que siempre van anejas al desempeño de cargos de mucha responsabilidad.

Bien claro se ve haberle hecho Jesús objeto de su especial predilección, para llevarle así por el camino real de los trabajos y de la completa inmolación.



Seminario de Toledo

Muy pronto dióse él cuenta de estas trazas divinas. Por eso, ya a los dieciséis años tuvo valor para grabar en su pecho, con un hierro candente, el anagrama de Jesús.

Más adelante, siguiendo el ejemplo de Santa Teresita, se consagró como víctima del Amor Misericordioso. Estas fueron sus palabras de entrega: «A fin de vivir en un acto de perfecto amor *me ofrezco como holocausto a tu Amor Misericordioso,* suplicándote que me consumas continuamente, dejando desbordar en mi alma los raudales de infinita ternura que en ti se encierran. *Sea yo de este modo ¡oh Dios mío! mártir de Tu santo amor. Te ofrezco también la sangre de mi cuerpo con deseos de dártela toda, ya sea derramada violentamente a manos ajenas,* o ya arrojada por un accidente o enfermedad.»

Frecuentemente suspiraba o importunaba a Jesús pidiéndole la gracia del martirio. Este era el tema favorito de sus conversaciones en el último año de su apostólica vida.

Y el espíritu de Dios le impulsó a ir a Toledo en las vísperas de iniciarse la revolución marxista.

El día 22 de julio de 1936, hallándose rezando el Santo Rosario, ante el Santísimo Sacramento expuesto, en la Capilla de su amadísimo Seminario toledano, recibió aviso de la entrada de los rojos madrileños en la Ciudad Imperial y de la muerte de los primeros sacerdotes.

Dirigiéndose a los cuatro Sacerdotes Operarios y a los dos seminaristas que le acompañaban, les dice varonilmente: «Ha llegado el momento de ofrecer la vida a Dios en sacrificio, y de entrar en el cielo por el martirio, si es su voluntad». Y acercándose al Sagrario, les dió la Comunión por Viático y él también recibió la última comunión.

Años antes había dicho al Señor: «Bendígate toda mi alma, oh Jesús mío, amor de mi vida, espejo de mi existencia, hermosura del mundo, delicia de toda la eternidad. *Bendígate yo y te reciba la última vez y muera luego de amor a Ti,* Amor eterno a quien siempre quiero amar por los siglos de los siglos.»

La plegaria fué escuchada.

Pasó aquella noche en casa del sacerdote toledano D. Alvaro Cepeda, en compañía del piadosísimo Sacerdote Operario, Director del Seminario Menor, D. José Sala Picó.

Allí habló, con gran elocuencia y edificación extraordinaria de todos los circundantes,

de las excelencias del martirio y de la gracia singular de morir mártir por Jesucristo, en defensa de su Iglesia, y terminó asegurando: «Mañana nos fusilarán».

En una carta de despedida a sus hermanos, escribió estas hermosas y prometedoras palabras: «Si me sucediere algo, os doy el adiós hasta el cielo, adonde espero que Jesús me lleve con El. Yo no tengo más deseo ni esperanza que Jesús, de manera que allí os espero... A todos, en Jesús, haré sentir su divina misericordia. Que todos rueguen por mí. No sé si a vosotros os ha pasado algo. En el cielo lo veré. Adiós. Os abraza y os quiere mucho vuestro hermano

Pedro.»

A las siete y media del día siguiente, se presentaron en la casa de D. Alvaro dos grupos de milicianos.

Al ver a los dos refugiados, les preguntan:

—¿Ustedes son maristas?...

Don Pedro les dijo que no.

Como no diesen crédito a esta negativa, e insistiesen una y otra vez, en la misma pregunta, D. Pedro repuso:

—Somos Superiores del Seminario.

Bastó esta declaración para que los tres sacerdotes fuesen detenidos.

Doña María Loreto Cepeda, testigo de la detención, afirma: «Sólo puedo decir que observé una paz y serenidad grandísima en D. Pedro, que no cesaba de dar alientos a todos y confianza en Dios.»

Con los brazos en alto, hiciéronles recorrer su calle de la amargura. En la llamada de Santo Tomé, hubo un conato de fusilamiento, que no se consumó por las protestas de los vecinos de que lo hicieran en lugar tan público.

De parte de los presos, ningún acto, ni palabra de resistencia. Diez minutos más de recorrido. Una pequeña parada ante la fábrica de harinas «San José», convertida en cárcel. Allí, los encargados de la cárcel dijeron a los milicianos: «No queremos más presos».

Otra detención junto a la Casa de Maternidad. Cruzaba por allí, en aquel instante un auto en donde iba un destacado miliciano llevando detenido al distinguido médico toledano D. José Rivera, y digno alcalde de la Ciudad, padre del ya popular héroe del Alcázar y prototipo de jóvenes católicos, Antonio Rivera.

Díjole el que capitaneaba al pelotón de milicianos que conducía a los sacerdotes:

—¿Qué hacemos de éstos, pues dicen que no quieren presos?...

Repuso el interrogado:

—De éstos me encargo yo.

Estas palabras tenían el valor de una sentencia de muerte.

Oigamos un momento narrar a D. José Rivera la impresión que le produjo la vista de D. Pedro en estos momentos, los más próximos a su muerte, ya inminente: «Su aspecto es marcial, con la cabeza erguida, mirada de frente y al alto, sonrisa expresiva, muy perceptible... es la del que presume que va a la muerte, y va a ella contento, satisfecho, como si con ella alcanzase algo que tenía ya pensado pudiese ocurrir, o algo que hubiese solicitado y se lo hubiesen concedido; es, en fin, la de su rostro, la expresión del que ya ve alcanzada la etapa final del cristiano, ya que en mi sentir, no se puede mirar... con la expresión de cara que esta persona llevaba, más que viendo ya a muy cortos minutos de distancia al Dios por quien se ha suspirado... Después me entero que es el Padre Ruiz de los Paños...»

Otro testigo, D. Leandro de la Flor, practicante de dicha Casa de Maternidad, nos narra así los últimos instantes y la muerte de las víctimas:

«Vi que traían aquel grupo de foragidos a tres señores que, con los brazos en cruz y a una distancia de ocho o diez pasos, se dirigían hacia el paseo del Tránsito; pero, en el momento de estar debajo de la ventana del dormitorio, oí una voz que salía de uno de aquéllos, que les decía: «Pararsus», y ellos, acto seguido pararon, y entonces pude observar que el primero de los tres era D. Pedro Ruiz de los Paños, el segundo don José Sala y, en último lugar, D. Alvaro Cepeda, persona muy conocida de quien esto escribe; el tiempo que les dejaron parados, que fué poco, los detenidos, y principalmente el que se encontraba el primero, los miraba como perdonándolos, por la actitud que observé, que después de mirar a todos, miró al cielo como pidiendo perdón para ellos; la marcha la emprendieron a culatazos y a empellones, y ellos sin hacer la menor resisten-

cia, sino al contrario, con cara risueña, como quien está deseando de estar en otro sitio mejor que éste, pues me pareció que iban orando.

Me asomé a otra ventana para verles mejor (claro está que todo esto fué detrás de unas celosías), y al poco tiempo — dos o tres minutos — sonaron unos disparos, y me asomé a la ventana y los vi tendidos en el suelo, frente a un banco de madera... en el paseo del Tránsito.»

Así vió satisfechas sus ansias de martirio el enamorado apóstol de Jesús Hostia, Reverendísimo D. Pedro Ruiz de los Paños, Superior General de la Hermandad y colaborador insigne de REPARACION.

Su cadáver, felizmente identificado el día 30 de mayo del año en curso, se halla depositado, con los de D. José Sala y D. Guillermo Plaza, Sacerdotes Operarios, también martirizados, en un decoroso sepulcro del Cementerio de Nuestra Señora del Sagrario, en la Ciudad Imperial y de los héroes del Alcázar.

Nuestros lectores podrán leer, en otro lugar de este Número, los testimonios de algunas personas que han querido poner a prueba el poder de intercesión de nuestro mártir y que aseguran haber recibido las gracias impetradas.

Sin duda que, no en vano, ni sin moción divina nos hizo al fin de la vida esta consoladora promesa: «A todos, en Jesús, haré sentir su divina misericordia».

J. SANCHEZ, Pbro.

La Vid Divina

Una vid, que dió agraces,
fué maldecida,
y la ahogaron al punto
cardos y espinas...
¡El fruto malo
es la sola cosecha
que da el pecado!...

Una vid dió racimos
de uvas doradas,
y los hombres, al verlas,
se las robaban...
¡Es que el buen fruto
cualquier hombre discreto
se le hace suyo!...

Otra vid nos produjo
un zumo sacro,
que en la Sangre Divina
se ve trocado...
¡y el hombre necio
a licor tan precioso
ve con desdeño!...

Mas los Angeles puros,
allá en el cielo,
una vid de tal clase
¡intento vano,
que esta vid sólo arraiga
en nuestro barro!...

¡Oh, qué cuerda locura
la de los cielos!...
¡oh, qué cordura loca
la de los necios!...
¡Oh Vid divina,
a quien desprecia el hombre
y el cielo envidia!...

¡Vid de Divina Sangre,
néctar del cielo,
más vale una uva tuya,
que el orbe entero!...
¡Llene tu zumo
mi corazón de barro,
que es cáliz tuyo!...

J. M. FERAUD GARCIA



Las Discípulas de Jesús

NUESTRO ESPIRITU

Queriendo ser las "Discípulas de Jesús" almas distinguidamente eucarísticas, preciso es que sea eminentemente eucarístico el espíritu que vivifique nuestra Congregación. Y así es, en efecto, pues toda nuestra vida como nuestra actividad desarróllase en torno a la divina Eucaristía; y nuestra inteligencia como nuestro corazón, con todo cuanto podemos y somos, emplearlo queremos en amar y glorificar a Jesús Sacramentado. Pero, en este amar y glorificar al Amor de los amores, que es común a toda alma cristiana sólidamente piadosa, las Discípulas de Jesús tenemos una orientación propia y perseguimos una finalidad especial, que consiste en amar, honrar y glorificar a Jesús Sacramentado particularmente en sus tres prerrogativas personales más excelsas, a saber: su "Sacerdocio eterno", su "Magisterio divino" y su "Divina Realeza".

Para honrarle y glorificarle como REY INMORTAL, cuyo reinado es de amor y de paz, tributámosle sin cesar en la Eucaristía el amoroso homenaje de nuestras adoraciones y alabanzas, entronizámosle espiritualmente en nuestro propio corazón y anhelamos coronarle místicamente con "corona de amor", esto es, con corona de corazones amantísimos que adopten como ideal y norma de su vida "hacer siempre y en todo lo más grato al Divino Corazón".

Para honrarle y glorificarle como MAESTRO DIVINO nos denominamos "Discípulas de Jesús", y en su escuela queremos formarnos espiritualmente, siendo los Santos Evangelios, con la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro libro predilecto de oración y de estudio, para mejor conocer y más intensamente amar a nuestro adorado Maestro. Las "Discípulas de Jesús" queremos aprender y recordar siempre con cariño sus divinas enseñanzas, e imitar a la vez, en lo posible, sus virtudes todas, no solamente las de precepto, sino también las de consejo, ni sólo las enseñadas verbalmente, sino también las que se derivan de su vida santísima; y luego anhelamos honrar tan sublime como salvadora Doctrina, procurando, primero, encarnarla en nosotras mismas viviéndola de continuo, y después enseñarla asiduamente a los demás de palabra y con el ejemplo.

Y, finalmente, nos proponemos honrar y glorificar a Jesús como PONTIFICE SUMO Y ETERNO, principalmente imitando, y aun apropiándonos en cuanto ello sea posible, los sentimientos de su Corazón Divino y las disposiciones de su Alma Santísima esencialmente sacerdotal. Con Jesús, y a imitación suya, queremos "glorificar" al Padre por medio de una vida de incesante adoración, alabanza y amorosa gratitud; queremos ser "salvadoras" de almas, con nuestra vida de oración y de trabajos apostólicos; y aspiramos a ser "víctimas reparadoras", con una vida de continua abnegación, de sacrificio, de sufrimiento... Queremos participar y vivir en la forma más amplia y profunda que sea posible a la mujer — hasta el punto de constituirlo nota característica de nuestro espíritu — aquel "Sacerdotium Sanctum" y "Regale Sacerdotium" — Sacerdocio santo y Sacerdocio regio — de que habla San Pedro en su primera carta (cap. 2, vv. 5 y 9), ofreciendo perennemente, en unión con Jesucristo y con sus ministros, la Víctima Divina al Eterno Padre para su gloria y por las necesidades e intenciones del Papa y de la Iglesia universal, pero muy particularmente por la santificación de los sacerdotes todos, asociando para ello a la valiosísima oblación de la Víctima Divina la oblación de nosotras mismas, también como víctimas, para ser con Cristo Jesús amorosamente inmoladas conforme al beneplácito de Dios.

He aquí cuál debe ser el espíritu peculiar y característico que vivifique y haga florecer y fructificar la Obra de las "Discípulas de Jesús".

MARIA ANA DEL DIVINO MAESTRO,
D. de J.

LA CARIDAD, FRUTO DE LA EUCARISTÍA

I. - LA UNION CON JESUS

Jesús, la noche memorable del Jueves Santo, noche eucarística impregnada de suavísimos recuerdos, nos repitió encarecidamente el precepto de la caridad.

El Evangelista San Juan, fiel intérprete de los sentimientos del Deífico Corazón, cuyos latidos llegaron hasta el fondo de su alma, nos cuenta en lenguaje sencillo los desvelos paternales del Divino Maestro.

Acaba de obrar Jesús la maravilla más estupenda que le ha sugerido su amor omnipotente hacia los hombres, instituyendo el adorabilísimo Sacramento de la Santa Eucaristía. Al verse en las entrañas de sus "hijitos" predilectos, hecho carne de su carne y sangre de su sangre, fundidos todos en un solo corazón, todo fuego y todo amor, no cabe en sí de regocijo; teme, con todo, no ver saciados sus deseos de amar y ser amado, y, por eso, exhorta a sus discípulos, y en ellos a todos los hombres, a cumplir el precepto de la caridad, compendio y suma de todos los demás.

Y es que la caridad tiene a Jesús fuera de sí: en ella ha cifrado todas sus ilusiones y todas sus esperanzas. La caridad le movió a hacerse niño. La caridad le enseñó a sufrir y le llevó al patíbulo de la cruz, y por amor nuestro se ha quedado en el Sagrario y se nos da en alimento.

Viéndonos tan pobrecitos e incapaces de todo, temía que nos faltasen las fuerzas para realizar sus deseos de amarnos los unos a los otros, y para facilitarnos esta práctica, que nos semeja a Dios, caridad suma, se ha dignado hacernos compañía.

Jesús tiene un grupo escogido de almas buenas, para repartir por el mundo el riquísimo fruto de la caridad. No son los llamados a llevar a cabo tal misión únicamente sus sacerdotes. Quien permaneciere unido a Jesús y guardare sus palabras, éste dará mucho fruto, y cualquier cosa que pidiere le será concedida. Son, por consiguiente, también las almas eucarísticas, ya que ellas, de un modo singular, viven en íntimo y estrecho lazo con Jesús. El es la vid, y nosotros los sarmientos; así como éstos dan fruto si están unidos a la vid, así nosotros, si vivimos unidos a Jeús, daremos fruto en abundancia e irradiaremos vida y calor sobrenaturales.

Esta unión se realiza mediante la Sagrada Eucaristía. Jesús, principio vital de donde brotan las aguas que riegan y fecundan la tierra de nuestra alma, se nos comunica en este adorable Sacramento, vivificándonos con su Sangre y alimentándonos con su Cuerpo. De su corazón se desbordan torrentes de gracias que inundan nuestro ser en el piélago inmenso de su amor divino, pues con el mismo amor que Jesús es amado de su Padre, nos ama El a nosotros, si permanecemos en su amor, permanencia que se alcanza y se perdura asimismo por la Sagrada Eucaristía.

Así, en este darse de Jesús al alma y del alma a Jesús recíprocamente, en esta unión de corazones y fusión de sentimientos, brota hermosa y lozana la rosa de la caridad, cuyo aroma dulcifica la vida, vida de víctima, que se ofrece cada día al Señor, unida a la Hostia pura y santa de nuestros altares, en acción de gracias por los múltiples favores recibidos, su propiciación de nuestros pecados y los de nuestros hermanos y para alcanzar gracias de lo alto para el provecho propio y el ajeno.

Esta unión del alma eucarística con Jesús, fruto precioso de la mutua entrega, es el acto primero y mayor de caridad de los amigos del Amor Sacramentado; oculto y escondido, es verdad, a semejanza del que Jesús realiza a diario en el augusto Sacrificio del altar.

ANTONIO NAVARRO

Buscando al Amor

Por plazas y por calles,
con el alma transida de dolores,
con lastimeros ayes,
buscaba al Rey de Amores,
entre los pobrecitos pecadores.

Llamábale de día,
y la gente asombrada me miraba;
pero no respondía...;
y yo me acongojaba
ignorando que cerca se encontraba

Yo le llamé con pena,
a la tarde y en la noche callada;
y con el alma llena
de una fe confiada,
esperaba encontrarle resignada.

Su nombre repetía
en mi aposento sola, y muy bajito;
la gente no me oía...;
y entonces, muy quedito,
su voz así escuché de hito en hito:

—¡Aquí me tienes, loca!
¿Cómo, estando tan cerca, no me viste?
Tu pena en gozo troca,
porque de amor me heriste
¡y ya mi Corazón no te resiste!

—¿Dónde estabas metido,
que te andaba buscando a mediodía,
con profundo quejido,
y nadie parecía
saber donde mi Amado se escondía?

—Estoy dentro de ti;
porque amor me das tú, te doy Yo vida,
estoy dentro de ti;
vengo a curar la herida
que te hiciera mi amor, alma querida.

¡Mas... no vuelvas a echarte
por plazas y por calles a buscarme!
Quiero tan sólo hallarte
donde tú, al escucharme,
oigas sólo mi voz y sola hablarme.

Aquí contigo estaba
cuando creías tú que no te oía;
y Yo bien te miraba;
pero no lo advertías
porque el bullicio loco lo impedía.

Cuéntame con ternura
el amor que te tiene trastornada;
me gusta la locura
de un alma enamorada
que cifra su ventura en verse amada.

—¡Oh, Rey de Amor! Mi vida,
mi corazón, mi todo te lo debo;
ha sanado mi herida
el bálsamo que pruebo
que me aumenta la sed cuanto más bebo.

Haz en mí tu morada,
y nunca ya te ocultes a mis ojos;
besa a tu desposada
con esos labios rojos
¡y cesen para siempre mis enojos!

Olvida mi pasado
aunque yo lo recuerde vivamente.
y borra mi pecado
con la Sangre caliente
que brota de tus llagas en torrente.

De tu Sangre teñida
quedaré para siempre hermoseada;
en tus llagas metida,
para siempre olvidada
y sólo para Ti siempre querida.

¡Así me gusta oírte!
Como sientes dolor te he perdonado,
y quiero revestirte
del traje colorado
que con mi propia Sangre he fabricado.

Te llevaré a la peña,
y allí, en sus agujeros escondida,
tapada con la breña,
gozarás nueva vida
tan sólo de nosotros conocida!...

MARIA DEL DIVINO MAESTRO

GRACIAS ATRIBUIDAS A D. PEDRO RUIZ DE LOS PAÑOS

Plasencia (Cáceres). Cuando mi madre se encontraba bastante enferma con una bronconeumonía y temiéndose el médico una complicación del corazón, me acordé había oído decir se pidiesen gracias a Don Pedro de los Paños para el Proceso de su Beatificación. Se lo encomendé a él, y desde aquel momento empezó a mejorar, encontrándose completamente bien a los pocos días.

Poco tiempo después de lo que acabo de decir, una persona de mi familia se encontraba en una situación un poco difícil, creyendo iba a salir perjudicada en su profesión; se lo encomendé también a Don Pedro, y al poco tiempo se solucionó todo de la mejor forma, pues no sólo no salió perjudicada en lo que ella creía, sino que fué llamada por la Dirección, dándole un cargo mejor del que tenía.

PEPITA MARQUEZ

27-2-938.

Era el 1.° de julio; hacía dos días había dado a luz y se presentó una fiebre altísima y con ella los colapsos, gravísimos en mí, por circunstancias especiales; yo me veía morir y pedí a mi esposo, hijos y hermana que me acompañaban, pidieran remedio al cielo, porque en la tierra no le había, y todos se postraron delante del Corazón de Jesús; en este mismo momento pasó por mí como una visión el recuerdo de Don Pedro, de quien una hermana mía me había hablado al darme una fotografía con reliquia, y dije a los míos: "Pedid a Don Pedro nos alcance del Señor mi salud, que tal vez Dios lo quiera para glorificar a su sacerdote mártir." Así lo hicieron, y yo para mí decía: "Sagrado Corazón de Jesús, concédeme esta gracia para que los mártires españoles sean glorificados", y prometí dar una limosna, y en el mismo momento (aun sin mejorar) sentí tal confianza de que nuestra oración había sido acogida, que les dije: "No tengáis pena, que no me muero; Don Pedro nos ha alcanzado la gracia." Y, gracias a Dios, así ha sido; hoy estoy en franca convalecencia, y espero, por intercesión de tan gran siervo de Dios, estar pronto completamente restablecida.

Cumplo la promesa de publicarlo y enviar cincuenta pesetas. Todo para gloria de Dios y de su sacerdote mártir.

EMILIA GONZALEZ

VOTO. — Movida de profundo agradecimiento, doy gracias a Dios, por intercesión del P. Pedro Ruiz de los Paños, por el feliz éxito de nuestro trabajo escolar, habiendo vencido tantas dificultades.

ACADEMIA "COLON"
Rosario. Sin. Méjico.

Señorita Agnés de Jesús, Superiora del Carmelo de Lisieux. — Lisieux. Francia.

Muy R. H.: Hace varios días que recibí un folletito impreso y que habla someramente del R. P. Pedro, muerto en la tragedia española. ¡Cuánto les agradezco el que me lo hayan remitido!...

Creo un deber mío poner en conocimiento de ustedes que empecé a rezar la oración que al final hay en dicho folleto y pedí tres favores, de los cuales uno se me concedió en la misma semana.

Dicho favor consiste en que, por las malas circunstancias por que atraviesa el país, nos rebajaron el sueldo a varios y otros quedaron cesantes, yo supliqué a este R. P. que me mejorara mi situación económica, y no sólo me devolvieron lo que me habían rebajado, sino que me aumentaron $ 10.00, y además algunas tardes trabajo horas extraordinarias y me gano algo más.

Pongo esto en conocimiento de S. R. para lo que se digne hacer, en la inteligencia de que haré propaganda, y cuanto favor reciban las personas se lo comunicaré.

Esperando no me olviden en sus oraciones, queda de ustedes atto. s. s.

L. BILLOT

México, D. F., a 1.° de julio de 1938.

(Continuará.)

POSTALES FEMENINAS

Dedicadas a las jóvenes de Acción Católica

Señorita.....

Muy estimada en Jesús: A tus múltiples, acuciantes y variadas preguntas no hallo mejor medio de dar cumplida respuesta que escribir una nueva serie de «Postales Femeninas» y publicarlas en REPARACIÓN. Y ello por dos razones. En primer lugar y con el favor de Dios, iré aclarando tus dudas y encanzando tus ansias de apostolado lentamente, periódicamente, para que medites con detenimiento y con mayor provecho lo que te convenga hacer de aquello que esté a tu alcance y te sea posible realizar.

En segundo término y teniendo en cuenta que los asuntos pueden ser de interés general para las activas jóvenes de A. C., acaso alguna de ellas complete los puntos del programa que como socia deba llevar a la práctica, y con los ejemplos que pondremos ante su vista y consideración se resuelva a ser útil a la Iglesia participando de una manera cabal, perfecta, eficaz y agradable en el apostolado jerárquico.

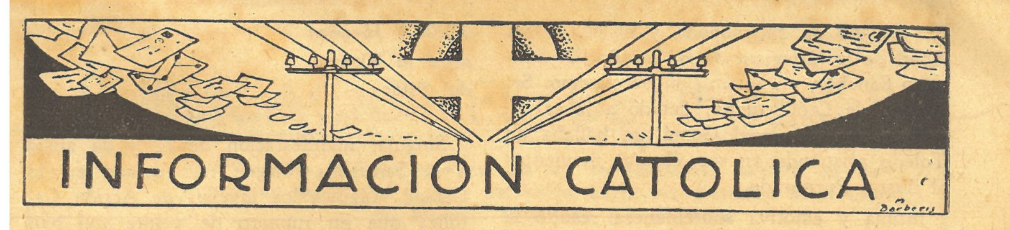
Realmente faltan apóstoles. Por desgracia es de gran actualidad, de vigente actualidad, la divina queja por la «escasez de operarios»; pero quizá no falten sólo operarios, sino operarios capacitados, entendidos, celosos, entusiastas, incansables y dedicados en cuerpo y alma al «laboreo» de la viña del Padre celestial.

Me propongo exponer en cada una de las «Postales» un aspecto distinto del apostolado seglar femenino, a fin de que tú y tantas otras como tú, sigáis siendo instrumentos aptos en las manos del Divino Artífice, para gloria suya y provecho de las almas.

Recibe estas líneas con agrado, léelas con pausa, y que te sirvan de alguna orientación.

Estos son los deseos de tu afmo.,

JUAN DE VAL.



Flores sobre el Pilar

Al recurrir el cuarto aniversario del atentado cometido por la aviación roja en el Santuario del Pilar, se celebraron el día 3 de agosto diversos actos de desagravio organizados por el Exmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, de acuerdo con la Comisión del XIX Centenario del Pilar, de la cual es Presidente. A la mañana de dicho día se dijo una Misa votiva, y por la tarde en la Santa Capilla se cantó una solemne salve a la que concurrieron todas las Autoridades zaragozanas. Durante la salve, varios aviones de la base de Zaragoza volaron sobre el Templo arrojando ramos de flores en desagravio de las bombas que sobre el mismo fueron descargadas en idéntica fecha del 1936.

◉

Con datos oficiales se ha publicado la estadística de los individuos, pertenecientes a Institutos Religiosos, que fueron asesinados por los marxistas desde el 1936 al 39:

Hijos del Corazón de María, 269; Franciscanos, 216; Escolapios, 209; Agustinos Calzados, 205; Dominicos, 178; Hermanos Maristas, 170; Hermanos de las Escuelas Cristianas, 159; Jesuítas, 119; Salesianos, 100; de San Juan de Dios, 97; Capuchinos, 95; Carmelitas Descalzos, 93; Paúles, 62; Carmelitas Calzados, 52; Gabrielistas, 50; Mercedarios, 43; Pasionistas, 35; Operarios Diocesanos, 30; Trinitarios, 29; Terciarios Capuchinos, 29; Oblatos de María Inmaculada, 23; Redentoristas, 21; de la Sagrada Familia, 21; Trapenses, 18; de Los Sagrados Corazones, 16; Marianistas, 15; Filipenses, 14; Camilos, 13; Misioneros del Sagrado Corazón, 11; Padres Maristas, 11; Agustinos Recoletos, 9; Cartujos, 5; y Mínimos, 3. Total, 2.466.

Los anteriores datos han sido facilitados por los mismos Institutos.

SAN SEBASTIAN

Con gran solemnidad, y con la asistencia de S. E. el Generalísimo, celebró San Sebastián, el día 8 de septiembre, la Coronación de su Patrona, la Santísima Virgen del Coro.

Tuvo lugar la ceremonia en la Iglesia de Santa María, en la que ofició de Pontifical el Sr. Obispo de la Diócesis, interviniendo los Coros y Orfeones de Bilbao, Vitoria, Pamplona y San Sebastián. Durante el ofertorio cantó una plegaria a la Virgen el insigne Marcos Redondo. Al final de la Misa, el Caudillo ofrendó un precioso manto a la Patrona de San Sebastián.

Terminada la ofrenda, en solemne procesión se recorrieron las calles principales de la parte vieja, deteniéndose en el Ayuntamiento, en donde pronunció un elocuente discurso el alcalde de la Ciudad. Y llegada, de nuevo, la comitiva a la Iglesia de partida, el Sr. Alcalde leyó la Consagración oficial de San Sebastián a su Patrona, la Virgen del Coro.

ASTORGA (León)

Del día 22 al 25 de septiembre Astorga ha respirado intensamente atmósfera eucarística con motivo de las fiestas conmemorativas de las Bodas de Oro de la Adoración Nocturna.

Durante el triduo de preparación enfervorizaron a sus oyentes con encendidas palabras sobre la Eucaristía el M. I. Sr. Magistral de la Catedral astorgana, el Exmo.

Sr. Obispo de Mondonedo y el M. I. Sr. Abad de la Colegiata de la Coruña, D. Santiago Sánchez, en sustitución del Excmo. Sr. Obispo de León, quien, debido a la gravedad del Sr. Cardenal Gomá, se hallaba en Toledo asistiendo en sus últimos momentos al ilustre Purpurado.

Intima y emotiva sobremanera resultó la Vigilia extraordinaria de la noche del sábado. Flameaban en la presidencia las Banderas de las Adoraciones hermanas de Oviedo, León, Lugo, Santiago, Salamanca, Palencia, Valladolid, Burgos, Zamora, Gijón, Toro, Coruña, Bilbao, Benavente, a más de las diocesanas y la local. El Sr. Obispo con ungidas palabras hizo la presentación de la guardia a Jesús Sacramentado, indicando el sentido místico que consigo lleva el ser adorador; y luego, la vela silenciosa y recogida hasta el amanecer del día siguiente.

Dignísimo remate de estas solemnidades fué la devota procesión de la tarde del domingo en que Jesús Eucaristía se paseó triunfante en su Carroza del Corpus, acompañado de una interminable fila de niños y hombres, ante la expectación de ingente multitud que honraba con su presencia el paso del Santísimo Sacramento.

20.000 Jóvenes ante la Virgen del Pilar

Singular manifestación de fe y de amor a la Santísima Virgen han dejado en la Ciudad Augusta los jóvenes de Acción Católica que en número de veinte mil han besado el Pilar de Zaragoza. Todas las calles, todos los templos florecieron por espacio de tres días con sonrisas de nuestros mejores jóvenes que ante los pies de la Santísima Virgen se comprometieron «a trabajar sin descanso por hacer de sí mismos, de su Centro, de su Parroquia y de todos los pueblos hispanos una cristiandad ejemplo y guía para un mundo profundamente enfermo».

La peregrinación ha tenido lugar los días 30 y 31 de agosto y 1.° de septiembre.

Como ofrenda simbólica que los peregrinos han hecho a la Virgen está el hermosísimo manto en el cual consta el número de todos los mártires de la Acción Católica que con su sangre han dado el mejor testimono de fe y de ejemplo para sus compañeros.

PARA LA CANONIZACIÓN DE D. MANUEL DOMINGO SOL

Anónimo, 130 pesetas; D. Vicente Guerri, Pbro. Por gracia concedida, 10; María Vendrell, Vda. Subirats, Tortosa, 5; Don Rigoberto Oliver, Pbro., Valencia, 190; Sor Iluminada, Burgos (por gracia obtenida), 10; D. Manuel Muñoz, Sevilla. Por una gracia singular obtenida en los primeros días del Movimiento en Sevilla, pudiendo salvar el Copón lleno de Formas consagradas, pasando por medio de las turbas enfurecidas sin recibir daño alguno, 5; Anónimo, Barcelona, 50; José María Rubido, Altamira, 6, Santiago, 15; doña María Gracia Usó Nacher, Villarreal; por gracia obtenida mediante la intercesión de Mossen Sol, 250; para el Seminario y para la Calsa, por conducto del Rdo. D. Francisco Omedes, Cura de Amposta, muerto por Dios y por la Patria, 100; doña Josefa, Vericat. por gracia obtenida, Tortosa, 25; D. Eduardo Estívalis, Cura de Valencia, 25; Anónimo, 50; Un sacerdote, Valladolid, 50; Juan Angel Oñate, seminarista, Roma, por gracia obtenida, 10; Una Señora, Astorga, por gracia obtenida, 2'50; D. Vicente Jovaní, Pbro. Habana, 30; Astorga, por gracia obtenida, 5; Una familia, Alcorisa (Teruel), 15; Señorita Pilar Górriz, Belchite, 5. Mercedes Toboso, por gracia concedida, 2.

N.A.G.S.A.—Casanova, 212-214—Barcelona



CON CENSURA ECLESIÁSTICA

Dirección y Administración
SEMINARIO CONCILIAR
Diputación, 231 - Tel. 10721 - BARCELONA